

# Aguas aéreas

## La estrella de 1572

David Huerta

En la noche del 11 de noviembre de 1572, hace 440 años, el joven danés Tycho Brahe salió del laboratorio alquímico de su tío, Steen Bille, donde trabajaba como ayudante y aprendiz. No tenía buena opinión de la alquimia pero algo debía hacer en esos años formativos de la vida; lo suyo era *la astronomía*. En esa ciencia venerable y continuamente renovada llegaría a ser, al paso de los años, una figura decisiva; en la historia, su nombre brilla con luz propia e intensa; lo encontré por primera vez en una hermosa galería de astrónomos: el libro de Arthur Koestler titulado *Los sonámbulos*.

La afición de *estrellero* o astrónomo le venía a Tycho de su primera adolescencia: a los 13 años de edad había presenciado en Copenhague un eclipse solar —y ahí, en ese momento, se definió para siempre su vocación. Era, además, un hombre apasionado y excéntrico: en un duelo juvenil a espada, perdió por un golpe de filo parte de la nariz y la sustituyó en cuanto pudo con un curioso implante *ad hoc*: una especie de prótesis rinoplástica fabricada con una aleación de plata y oro.

Según la leyenda, el duelo fue consecuencia de una áspera discusión sobre matemáticas. El joven Brahe no permitiría a nadie pasarle por encima, menos todavía en terrenos considerados por él como propios. Con el tiempo, se haría fama de riguroso, amigo del dato duro, favorecedor de los experimentos y las pruebas irrefutables, objetivas; todo ello, a contracorriente de los usos y costumbres entre los astrónomos, más bien inclinados hacia la teoría y el trabajo de gabinete —cuando no fiados en la “verdad” de los empolvados tratados cosmológicos de Ptolomeo, con los cuales ya casi nadie estaba de acuerdo. Nadie tampoco, empero, los impugnaba ni mucho me-

nos los negaba. Un hecho curioso: muchos de los revolucionarios de la astronomía no revisaron los fundamentos de su ciencia por una fe ciega en Ptolomeo, comparable a la sentida por Aristóteles.

La noche danesa de ese noviembre era clara y Tycho levantó la vista en dirección al noroeste del cielo, por el rumbo cenital de la constelación de Casiopea. La sorpresa del joven fue mayúscula: vio una estrella brillante, deslumbrante, *donde no debía haber nada*: esa repentina luz nocturna era mayor a la de Venus o Júpiter, increíblemente más intensa. Tycho llamó apresuradamente a mayordomos y campesinos del lugar para servir de testigos: esa estrella no estaba ahí antes, ¿verdad? Siguió ahí durante varias semanas. Era asombroso: el 12 de noviembre, luego del hallazgo de Tycho, la estrella era visible en pleno día. En diciembre de ese mismo año, la luminosidad del astro comenzó a declinar.

El astrónomo en ciernes Tycho Brahe nunca pudo explicarse la súbita aparición de un astro como el de esa noche de hace cuatro siglos y medio. Ahora, hasta un niño con conocimientos apenas básicos puede explicar el fenómeno: la estrella danesa de 1572 era una *supernova*. La aparición en el cielo nocturno de una de esas “estrellas nuevas” ha sido descrito como el espectáculo más grandioso de la naturaleza: no seré yo quien discuta esa opinión, pues la comparto.

En su libro *La imagen del mundo* (en inglés se llama *The Discarded Image*), C. S. Lewis afirma con buenas razones lo siguiente: la *supernova* de 1572 fue decisiva para un cambio de rumbo en el pensamiento europeo. Ese cambio fue radical. No fue repentino, pero sí muy profundo: había venido preparándose durante largos siglos y los astrónomos estaban al tanto de esa len-

ta revolución —sus protagonistas son los nombres principales de la moderna astronomía. La nueva estrella de Tycho iba a cambiarlo todo para siempre.

El pensamiento anterior giraba alrededor de una imagen *geocéntrica* del universo. Eso significaba lo siguiente: la franja del mundo sublunar —la distancia entre la órbita de la Tierra y la de la Luna— era la accidentada *physis* de los griegos, la parte de la naturaleza cósmica sujeta a mutaciones, a decadencia, a descomposición —en suma, *a cambios*, a una serie vertiginosa de modificaciones y de metamorfosis. Conforme uno “exploraba” las esferas superiores o más alejadas del mundo sublunar —con la Tierra en el centro—, todo iba, en cambio, perfeccionándose. La octava esfera era llamada Cielo de las Estrellas Fijas: el orbe de los astros inmutables, inmóviles y eternos. Las estrellas no podían cambiar en absoluto, según esa doctrina, pues esa condición les pertenece intrínsecamente: son una manifestación de la perfección divina y no están sujetas a decaimiento ni transformaciones. Era inconcebible un cambio en una de esas luminarias celestes: no podían brillar más, crecer o apagarse. Y en eso precisamente consistió el espectáculo grandioso de la *supernova* de 1572: brilló de pronto y luego fue apagándose. ¿Una estrella cambiante, ora más luminosa, ora menos, hasta su desaparición? Imposible, inconcebible. Pero ahí estaba: a la vista de todos, en el hemisferio norte.

\* \* \*

Entran los poetas...

Edgar Allan Poe (1809-1949) exploró con denuedo lo arabesco y lo grotesco, dos

horizontes de su obra cuentística interpretados magistralmente por Guy Davenport en un ensayo traducido al español hace algunos lustros, con enorme acierto, por Juan Villoro, para la revista *Biblioteca de México*.

Las grutas y la exótica lejanía, aliadas con un iridiscente aliento de sobrenaturalidad, presiden el desarrollo de las historias y el dibujo de los personajes de este genio, hermano entrañable de sus pares al otro lado del mar, los poetas malditos de Francia. ¿Y la poesía de Poe? Nacida de un sustrato profunda y genuinamente romántico, fue la ilustración emotiva de una teoría rigurosa; hay en ella baladas, evocaciones fantasmiales y una severa admonición nocturna, escrita para las edades del mundo y de los hombres: “The Raven”, con su estribillo estremecedor, articulado no se sabe si como un graznido patético o como una sabia sentencia —o de las dos maneras al mismo tiempo—: *Nevermore*.

Los dos más extensos poemas de Poe, “Tamerlane” y “Al Aaraaf”, han sido sistemáticamente excluidos de las antologías, con unas poquísimas excepciones. Una de esas excepciones, para el caso del segundo poema, es David Galloway, cuya antología (en Penguin) de poemas, cuentos y otros escritos de Poe utilizo aquí.

“Al Aaraaf” es un nombre árabe sacado del Corán y designa un lugar del trasmundo más o menos equivalente al Limbo o el Purgatorio de la imaginación cristiana. He aquí lo interesante para estos renglones: Poe supo de las observaciones de Tycho Brahe en 1572 y decidió, con soberana libertad de poeta, identificar la *supernova* de 1572 con ese más allá de la fantasía religiosa musulmana. Estamos en el terreno, entonces, de lo arabesco, tal y como lo descifró Davenport.

Se comprende la desatención a este poema de Poe. Lo he leído y releído a lo largo de los años y no puedo decir: “lo he hecho mío, lo he asimilado”. Es un poema evanescente, difícil de encerrar en una sola imagen; deja apenas una impresión difuminada. Tiene bellezas innegables, sin duda, y aciertos de alta temperatura artística; pero me temo lo siguiente: no es una composición lograda, a pesar de aprovechar bien de algunos pasajes del gran John Milton y de algunos atrevimientos en donde ya puede ver -



Athanasius Kircher, *Iter exstaticum*, 1671

se, leerse y admirarse al Edgar Allan Poe maduro (dice la leyenda, inventada por él mismo y sin duda puesta en circulación por el autor: “Al Aaraaf” fue escrito a los 15 años de edad).

Un poeta argentino a quien nadie lee ya es el admirable Francisco Luis Bernárdez (1900-1978); tiene un obstáculo para ser apreciado cabalmente, un malentendido un poco desesperante, como lo tienen en México Manuel Ponce y Concha Urquiza: es un poeta abierta y francamente católico, cuyos temas suelen ser los mismos de la poesía mística, con fuertes ingredientes de petrarquismo (por eso uno de sus libros principales se llama *La ciudad sin Laura*). Cuando tomaba yo las primeras notas para este ensayito, me encontré, casi milagrosamente, con estos versos de Bernárdez, de su libro *El buque*, del año 1935:

Pero, ¿qué significa  
esa estrella que aumenta de tamaño,  
ésta que multiplica  
su resplandor extraño,  
ésta que se parece a la de antaño?

Ahí estaba de nuevo la *supernova* de 1572. O por lo menos así leí esos versos de Bernárdez.

Otro poeta: el andaluz Rafael Alberti (1902-1999). Encuentro, sin buscarlos para meterlos en este texto, los siguientes versos de su libro *Entre el clavel y la espada*, del año 1941:

Asombro de la estrella ante el destello  
de su cardada lumbre en alborozo.

Ahí también está la *supernova* de Tycho, según yo, asombrada de sí misma y de la manera resplandeciente de su conducta expansiva: la “cardada lumbre en alborozo” es una pincelada de poeta de veras original (lástima de la expresión adverbial “en alborozo”, no muy convincente o expresiva, puesta ahí por necesidades de la rima —se trata del principio de un soneto). ¿O ya estoy exagerando? ¿Y no es una exageración la aparición de una estrella como ésa de 1572 en el cielo de Europa? ¿Y no son, también, una especie de artificio exagerado, hecho con la lengua de todos los días, la poesía, los poemas, los versos, las estrofas, las rimas, los inventos de los versolibristas, los caligramas? Exageraciones, extravagancias, estravagarios estrambotes añadidos a la realidad *fama* y bien peinada, para decirlo en clave cortazariana (Julio Cortázar: maravilloso traductor de Poe). Sucede lo siguiente: tratamos a la exageración como una especie de transgresión de la medida recomendable; un atropello a las buenas maneras en el trato, en el pensamiento y en la expresión; una falla imperdonable ante los fenómenos y las presencias. ¡No exageres!: la orden imperiosa tiene la forma de una llamada a formar en las filas del *deber ser*, del *deber actuar*, del *deber pensar*. Nada de *supernovas* ni de efusiones poéticas. Y sin embargo: ahí están los poemas, ahí están estrellas portentosas como la de 1572.

Nunca he visto una *supernova* como se debe: como la vio Tycho Brahe. Imágenes de las descomunales explosiones por medio de las cuales nacen las “estrellas nuevas” abundan en otros sitios —pero yo quisiera verla en el cielo.

De niño quise ser astrónomo y contemplar el cielo, en sus profundidades remotas y aun dentro de la “franja sublunar”... En Canadá me perdí de ver la aurora boreal. He contemplado las estrellas fugaces del agosto mexicano. He admirado algunos cometas. Gracias a los telescopios me he asomado a la superficie lunar y he espiado los anillos de Saturno. En 1991 pude ver, desde lo alto de Chalcatzingo, un hermoso eclipse solar. **U**